

Domingo 3: El Origen de Nuestra Miseria

Preguntas y Respuestas 6-8

Lectura: Génesis 3

Salterios:

Primero: 15:1-3

Segundo: 146:2-3

Tercero: 66:1-4

Cuarto: 140:1-4

Último: 290:4,6,7

Querida congregación,

El Señor Jesús pronunció una palabra muy solemne en Juan 3: *“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”* (versículo 3). Fue una palabra inesperada para Nicodemo. *“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios”* (versículo 5). Es una palabra que también viene a nosotros en esta hora. ¿Saben ustedes que no podemos entrar al reino de Dios sin un nuevo nacimiento, un nacimiento espiritual? El Señor Jesús dice: *“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo”* (versículos 6-7). Prestemos nuestra atención a estas solemnes palabras de Cristo. Por naturaleza, somos “carne”; es decir, carnales, depravados y no espirituales. ¿Es porque hemos sido creados así? No, las primeras dos personas eran felices y santas. Adán y Eva no tenían un corazón pecaminoso, pero ¿qué sucedió?

Se nos ha leído de Génesis 3. Nos rebelamos contra el Señor. Nos apartamos de Dios. Esa es la razón por la que nos hemos convertido en carne. Esa es la razón por la que debemos nacer de nuevo. No digan: “Ya lo sé; lo he escuchado muchas veces”. La pregunta es: “¿Alguna vez lo ha escuchado para usted mismo? ¿Alguna vez lo ha escuchado con temor y temblor?” Nuestra necesidad más grande debe ser descubierta ante nuestros ojos. Debemos conocer nuestra miseria, *la profundidad* de nuestra miseria, pero también *el origen* de nuestra miseria.

Que el Espíritu Santo nos guíe al hablar y al escuchar. Qué nos dé luz para considerar el Domingo 3 de nuestro Catecismo de Heidelberg. Con la ayuda del Señor, prestemos nuestra atención a lo que está escrito en el Domingo 3.

Pregunta 6: ¿Creó, pues, Dios al hombre tan malo y perverso?

Respuesta: No, al contrario. Dios creó al hombre bueno, haciéndolo a su imagen y semejanza, es decir, en verdadera justicia y santidad, para que rectamente conociera a Dios su Creador, le

amase de todo corazón, y bienaventurado viviese con Él eternamente, para alabarle y glorificarle.

Pregunta 7: ¿De dónde procede esta corrupción de la naturaleza humana?

Respuesta: De la caída y desobediencia de nuestros primeros padres Adán y Eva en el Paraíso; por ello, nuestra naturaleza ha quedado de tal manera corrompida, que todos somos concebidos y nacidos en pecado.

Pregunta 8: ¿Estamos tan corrompidos que somos totalmente incapaces de hacer el bien, e inclinados a todo mal?

Respuesta: Ciertamente; si no hemos sido regenerados por el Espíritu de Dios.

El Domingo 3 de nuestro Catecismo nos habla de:

El Origen de Nuestra Miseria

Consideraremos tres pensamientos:

1. Fuimos creados buenos
2. Hemos caído profundamente
3. Somos totalmente depravados

Repito: el origen de nuestra miseria. En primer lugar, fuimos creados buenos; en segundo lugar, hemos caído profundamente; y, finalmente, somos totalmente depravados.

Primer pensamiento. Fuimos creados buenos.

Congregación, ¿aún recuerdan lo que aprendimos en el Domingo 2? Nuestro Catecismo nos dijo que somos completamente incapaces de guardar la ley de Dios, e inclinados a aborrecer a Dios y a nuestro prójimo. Esta vez, el instructor está preguntando: “¿Cuál es la causa de esto? ¿Cuál es la razón por la que somos incapaces de guardar la ley de Dios y estamos inclinados a aborrecer a Dios y a nuestro prójimo?”

El instructor es como un buen médico. No prescribe inmediatamente una cura ni aplica la medicina, sino que primero se propone examinar al paciente. Pregunta: “¿Dónde comenzó? ¿Cuál es el origen de tu problema?” Cuando abre las heridas, puede doler, pero es necesario. El enfoque que sigue es muy sabio y, de hecho, muy amoroso. Hay muchos médicos espirituales hoy que emplean un método diferente. De inmediato, se apresuran al lecho de un paciente y gritan: “¡Jesús es la respuesta!” Eso puede ser cierto, y sin duda lo es. Jesús es la respuesta. Pero ¿cuál es la *pregunta*? ¿Hay una herida profunda? ¿Hay una necesidad grande? ¿Hay lugar para

medicina? Esos médicos pasan por alto todo esto. Ellos dicen: “Debes creer, y entonces todo estará bien.” Suena amigable, pero en realidad es muy engañoso. Si el médico no abre la herida, la plaga misma jamás será quitada. Tarde o temprano, se hará evidente que las personas que se dejaron ayudar por tales médicos en realidad no recibieron ningún beneficio de su tratamiento; al contrario, solo han empeorado con ellos.

El doctor de Heidelberg sigue otro método. Él primeramente abre la herida. Da la instrucción necesaria. Aferrémonos a esta instrucción, congregación. No la desechemos jamás. Jamás la cambiemos por algo que a primera vista parezca tan hermoso y atractivo, pero que eventualmente será destructivo para el bienestar de su alma. Si no recibimos una visión correcta de lo que es el hombre, nunca tendremos una visión correcta de quién es Cristo tampoco. Si no sabemos lo que es el pecado, tampoco sabremos lo que es la redención.

Amados oyentes, ¿cuándo tendremos una visión correcta del pecado? Cuando el Señor nos concede ver no solo lo que somos *ahora* —eso ya se mencionó en el Domingo 2— sino también lo que *hemos sido*, lo que éramos en el estado de rectitud. Es solo contra el brillante trasfondo del Paraíso que podremos ver cuán corrupto se ha vuelto nuestro corazón y cuán oscura es ahora la existencia del hombre.

No es de extrañar que el diablo intente hacer que ese fondo se oscurezca. Él intenta borrarlo. Él lo hace, por ejemplo, con la famosa teoría de la evolución. Nuestros jóvenes saben lo que eso significa. Por ejemplo, cuando uno visita una Reserva Nacional con formaciones rocosas antiguas, querrán que crea que esas rocas y cañones se formaron hace millones y millones de años. Los evolucionistas no creen que Dios creó al hombre, sino que dicen que la vida humana se ha desarrollado a partir de la vida animal. Según ellos, el hombre es una especie de animal, quizá un animal refinado, pero un animal después de todo. Sin embargo, si este es el caso, entonces no hubo un Paraíso ni una caída en el Paraíso. Entonces no hay pecado original. Entonces no somos responsables de nuestra naturaleza pecaminosa y de nuestros pecados actuales. Entonces se debería considerar al hombre como un animal que intenta elevarse por encima de su naturaleza animal y que, en el mejor de los casos, solo puede intentar reprimir sus instintos y pasiones. Esa es una teoría peligrosa, y se vuelve aún más peligrosa cuando los llamados académicos cristianos afirman, por un lado, que creen en un Creador, pero, por otro lado, dan cabida al pensamiento evolutivo. Eso lo hace aún más confuso y engañoso.

Congregación, podríamos preguntarnos: “¿Es eso en realidad tan importante?” Sí, lo es. Porque si el hombre no ha sido creado por Dios, entonces el pecado ya no es pecado en el sentido bíblico de la palabra. Entonces no hay una caída ni hay culpa. Entonces tampoco podemos hablar de la gracia. Si no hay un primer Adán, entonces no podemos hablar de un segundo Adán. Entonces no hay Cristo ni hay Redentor. Entonces no hay quien nos pueda salvar y restaurar lo que el hombre ha corrompido.

Por eso, la pregunta de nuestro Catecismo es tan oportuna e importante: “¿Creó, pues, Dios al hombre tan malo y perverso?” La pregunta en sí ya nos demuestra cuán pecaminosos y perversos somos. En vez de aceptar la culpa, intentamos culpar a Dios. Cuando el hombre ya no puede negar cuán torcido y perverso es, señala a Dios y quiere culparlo por su maldad. El hombre dice: “Quizá *Dios* es la causa de mi miseria y mi incapacidad de hacer el bien.” Incluso se puede escuchar sospecha en estas palabras: “¿Creó, pues, Dios al hombre tan malo y perverso?” Es una pregunta irracional, una pregunta terrible.

¿Por qué es esta pregunta tan irracional y terrible? Permítanme darles un ejemplo. Supongan que una niña está gravemente enferma y delirante debido a una fiebre alta. Su madre está a su lado día y noche, velando por su amada hija, secándole la frente y sosteniendo su mano. Entonces imaginen que la niña abre los ojos, ve a su madre y comienza a preguntarse: “¿Por qué me siento tan enferma y no me recupero? ¿Será que mamá me ha envenenado? ¿Querrá que muera?” Eso sería terrible. Es casi impensable que una niña tenga tales pensamientos sobre una madre amorosa y que pronuncie tales palabras. Sin embargo, congregación, eso es precisamente lo que hacemos cuando hacemos la pregunta: “¿Creó, pues, Dios al hombre tan malo y perverso?” Nosotros sospechamos de Dios. En vez de llevar la culpa nosotros mismos, echamos la culpa a un bondadoso y amoroso Creador. Aunque nos hizo buenos, en verdadero conocimiento, justicia y santidad, lo acusamos de nuestra maldad. “¿Creó, pues, Dios al hombre tan malo y perverso?” Una terrible pregunta, ¿no es así? Sin embargo, es bueno que se haga esa pregunta. Está en nuestro corazón, y no podemos ignorarla. Debe surgir a la luz. Como un buen médico, nuestro Catecismo lo expone claramente a través de su examen.

Hay otra razón por la cual esta pregunta debe hacerse. Alexander Comrie dice: “Esta pregunta es en realidad la prueba por la cual uno puede ver lo que vive en lo profundo del corazón humano.” Si el hombre aún no ha sido regenerado, responderá: “Sí”. No lo hará directamente; quizá no lo diga abiertamente, pero sí pensará: “Es obra de Dios que yo sea tan impío y perverso. ¿Qué puedo hacer yo al respecto?” Pero cuando el hombre ha sido humillado por el Espíritu de Dios, dará una respuesta diferente. Oh, cuando se hace esa pregunta, él clama: “¡De ninguna manera! *Dios* no es la causa de mi condición perdida y de mi estado miserable; yo soy la causa. ‘Dios creó al hombre bueno, conforme a Su imagen y semejanza’”. ¿Ha dicho usted esto desde lo profundo de su corazón alguna vez? “Oh Señor, Tú no eres la causa de mi depravación, ni serás jamás la causa de mi perdición eterna. Si me pierdo eternamente, la culpa será solo mía porque te abandoné en el Paraíso. Yo me desvié y me convertí en un enemigo”.

Congregación, esa es la respuesta dada aquí: “No, al contrario. Dios creó al hombre bueno, haciéndolo a su imagen y semejanza, es decir, en verdadera justicia y santidad.” Esa es la respuesta correcta, ¿no es así? El pecado no ha estado allí desde el principio. Podemos verlo claramente en el relato de la Creación. Todo era bueno, sí, en gran manera. Todo respondía al

propósito por el cual Dios lo había creado, de manera que el Señor podía regocijarse en la obra de Sus manos. El hombre había sido creado bueno, a la imagen de Dios. Llevaba la imagen de Dios. A veces, cuando vemos a un niño, decimos: “Ese niño ha salido a su padre”, o, “Esa niña actúa como su madre”. En otras palabras, un niño puede llevar la imagen de sus padres. Así era en el estado de la rectitud. Al mirar a Adán, uno podía decir: “Se parece a su Padre celestial. La imagen de Dios se refleja en su carácter y comportamiento.” El hombre se asemejaba a Dios; al menos, hasta cierto punto. Llevaba la imagen de Dios en santidad y justicia. Era la joya de la creación, una joya preciosa, la corona de la obra de las manos de Dios.

¿Cuál era el propósito para el cual Dios lo creó? El Catecismo dice: “...para que rectamente conociera a Dios su Creador, le amase de todo corazón, y bienaventurado viviese con Él eternamente, para alabarle y glorificarle.” ¿Puedo decirlo con otras palabras? El hombre fue creado como profeta para conocer a Dios en verdad, como sacerdote para amar a Dios con pureza, y como rey para servirle por toda la eternidad.

Querida congregación, el propósito de nuestra existencia es vivir en comunión con Dios. El propósito por el que estamos aquí en la tierra, queridos jóvenes, no es, en primer lugar, para disfrutar de la vida terrenal o volvernos ricos y populares a los ojos de los demás. Si este es su propósito, serán profundamente defraudados. El favor del hombre es demasiado vacío. La gente puede alabarlos por un tiempo, pero cuando llegue el momento en que estén en problemas, cuando llegue la hora en que tengan que partir de aquí, los abandonarán. Nadie estará dispuesto a acompañarlos en ese momento. ¿Cuál es, entonces, el propósito de nuestras vidas? ¿Trabajar? El trabajo es parte de nuestras vidas; es una vocación. Pero cuando usted esté enterrado y lo único que la gente pueda decir de usted es: “Era muy trabajador”, será un testimonio muy pobre. Por supuesto, no debemos ser flojos. Debemos trabajar y cuidar de nuestra familia. Sin embargo, el propósito de la vida no es, en primer lugar, trabajar, tener una carrera o desarrollar nuestros talentos. Jóvenes, deben hacer su máximo esfuerzo en sus estudios. Entonces también podrán orar por la ayuda de Dios en tiempo de exámenes. Pero hay más en la vida que simplemente estudiar, ganar dinero, casarse y disfrutar de la comida. El propósito de su vida es glorificar a Dios y vivir para Él.

¿Vemos ahora nuestro pecado, congregación? Fallamos en el propósito de nuestra vida. No vivimos para Él. En lugar de glorificar a Dios, buscamos nuestra propia gloria, nos enfocamos en nuestros propios intereses y vivimos para nuestro propio placer. Ese es nuestro pecado más grande. El pecado no es solamente asesinar a alguien o destruir nuestra familia, sino que el pecado es no vivir para Dios, ya que nos negamos a servir a Aquel que es tan digno de ser servido. En resumen, somos “malos y perversos”.

Segundo pensamiento. Hemos caído profundamente.

Nuestro Catecismo nos pregunta: “¿De dónde viene eso?” Esa es la segunda pregunta aquí. “¿De dónde procede esta corrupción de la naturaleza humana?” Escuchen la respuesta: “De la caída y desobediencia de nuestros primeros padres Adán y Eva en el Paraíso; por ello, nuestra naturaleza ha quedado de tal manera corrompida, que todos somos concebidos y nacidos en pecado.” El Catecismo aquí habla de la “caída y desobediencia” del hombre. Podemos invertirlo también y hablar de la “desobediencia y caída” del hombre. Adán y Eva cayeron porque desobedecieron.

El pecado del hombre en el Paraíso no fue un simple accidente o una especie de error. No, fue un acto voluntario. Fue desobediencia deliberada. Dios había hecho al ser humano bueno y perfecto. El Señor le había dicho a Adán: “Puedes comer libremente de todos los árboles del huerto, pero no comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal, *‘porque el día que comieres de él, ciertamente morirás’*” (Génesis 2:17). El hombre estaba obligado a obedecer a Dios tal como un niño obedecería a su padre. Este mandamiento no era demasiado pesado porque el hombre fue creado bueno. Contaba con la armadura completa de Dios. Podía resistir al adversario y decir no a todo lo que viniera en su contra.

Así que, Adán y Eva no fueron creados en un estado neutral, como si no hubieran sido ni buenos ni malos. Eso afirmaban los pelagianos. Pero, si ese fuera el caso, sería posible explicar por qué cayó el hombre. Sin embargo, esto es algo que no se puede explicar. *Nunca* podrá ser explicado. Si pudiéramos explicar por qué caímos en el Paraíso, nos habríamos excusado con esa explicación. La caída y desobediencia del hombre en el Paraíso es un misterio. El hombre estaba rodeado del amor de Dios; tenía abundantes espacios donde vivir; tenía todos los árboles del huerto a su disposición; sin embargo, se acercó al único árbol del que Dios había dicho: “Este te es prohibido. Este árbol es la señal de mi autoridad. Sujétate a mi autoridad. Déjalo en mis manos. Confía en que yo sé lo que es bueno para ti”. Fue precisamente del fruto de ese árbol que el hombre tomó en desobediencia deliberada. No lo podemos explicar, congregación. No se nos *permite* explicarlo. Hay solo una reacción que nos corresponde: inclinar nuestras cabezas ante Dios y decirle: “Señor, hemos tomado lo que no nos pertenecía, nos hemos destruido a nosotros mismos y a nuestros hijos; *nosotros* lo hemos hecho; no es Adán quien pecó, sino yo lo he hecho”. Oh, ¡un lugar en el polvo es un lugar apropiado para nosotros! ¡Que el Señor nos lo conceda! Entonces confesaremos en tristeza: “Yo he rechazado a Dios. Yo lo he echado de mi vida”.

El árbol de la ciencia del bien y del mal era el árbol de la autoridad de Dios. Lo que Adán y Eva hicieron no fue simplemente “comer una manzana”. Por si acaso, la Biblia ni siquiera habla de una manzana; habla de un fruto. Lo que nuestros primeros padres hicieron fue un acto de orgullo. Querían ser como dioses. Querían ser como Dios mismo. No estaban contentos con ser Sus hijos. Querían ser los señores y maestros de su propio destino. Fue un acto de ingratitud grosera y un rechazo de la autoridad de Dios. Siempre debemos recordar esto cuando se hace la

pregunta: “¿Por qué Dios permitió que esto ocurriera?” Naturalmente, Dios sabía que la caída iba a ocurrir. No le tomó por sorpresa; es un Dios omnisciente.¹ Aún más, es un Dios soberano. La caída estaba comprendida en Su decreto eterno y en Su consejo divino, aunque Él mismo no fue, y nunca será, el Autor del pecado. Hay sabiduría en todo lo que Él hace y permite. Él dejó lugar para que el pecado se manifestara. Sin embargo, hay un misterio en la caída que no podemos explicar. No sabemos por qué Dios permitió que ocurriera. Pero lo que sí sabemos es que los ángeles en los cielos nunca cantarán tan gloriosamente como cuando un pecador es redimido por la sangre de Cristo y sobre la base de Su justicia. Sabemos que ningún ángel alabará a Dios con tanta ternura como aquellos hombres que han sido redimidos de una muerte y miseria tan graves; sin embargo, nunca deberíamos hablar de una caída *bendita*. Es una caída miserable, y nada más. Podemos, ciertamente, decir que el Señor deseaba que el hombre lo sirviera de su propia y libre voluntad, no como un robot ni como un esclavo, sino como un hijo, y eso es verdad. El Señor no se deleita en una obediencia forzada. Por eso, Él dio lo que conocemos como un mandamiento de prueba para ver si el hombre estaba dispuesto a obedecerlo incondicionalmente y amarlo con la reverencia de un niño. Sin embargo, el misterio en la caída permanece. Nunca lo olviden: Dios es un Dios soberano, y nosotros no sabemos nada.

¿Qué podemos decir? Debemos aprender a cerrar nuestra boca y guardar silencio ante Dios. Si *nosotros* comenzamos a hablar, siempre intentamos justificarnos. El sabio rey Salomón dice: “*Mira, solamente he hallado esto: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos se buscaron muchas invenciones*” (Eclesiastés 7:29). Esa es la verdad. Lo vemos claramente en Adán y Eva. Una vez que pecaron, se negaron obstinadamente a admitirlo. No querían aceptar su culpa. Esa es otra realidad terrible en Génesis 3: no solo que el hombre pecó e intentó cubrirlo, sino que no estaba dispuesto presentarse ante Dios y decir honestamente lo que había hecho. Cuando los ojos de ambos fueron abiertos y vieron que estaban desnudos, cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales para cubrirse. Además, al escuchar la voz del Señor paseando en el huerto al aire del día, Adán se escondió entre los árboles del huerto. Cuando Dios lo llamó y le dijo: “¿*Dónde estás tú?*” (Génesis 3:9), tuvo que presentarse; sin embargo, aún vino con muchas excusas. Y cuando finalmente Adán fue interrogado por el Señor y no pudo escapar, echó la culpa en Eva, diciendo: “*La mujer que me diste para estar conmigo, ella me dio*” (Génesis 3:12). Eva, a su vez, apuntó también hacia otro y dijo: “*La serpiente me engañó, y comí*” (Génesis 3:13).

Congregación, ¿no es esto lo que siempre ocurre cuando el Señor comienza a atraer a alguien hacia Sí mismo, y cuando, a través de un proceso de descubrimiento, el hombre es puesto de rodillas? ¡Oh, cuánto nos resistimos! No queremos humillarnos. Puede haber remordimiento en nuestra conciencia, de modo que ya no podemos dormir tan fácilmente y nos estamos revolviendo en la cama. Pero necesitamos algo más que eso; de lo contrario, seguimos evadiendo nuestra culpa. Debemos oír la voz de Dios como una voz que nos llama de la muerte a la vida. Debemos ser acorralados por todos lados y convocados ante el tribunal del Dios justo,

¹ Alternativa: *Es un Dios que todo lo sabe.*

santo y omnisciente. Aun así, cuando estamos ante Su tribunal, no nos rendimos tan fácilmente. Tenemos nuestras explicaciones y excusas y señalamos a otros que parecen ser peores. Decimos: *“Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo”* (Mateo 18:26), porque aún mantenemos un poco de esperanza de que algún día seremos mejores.

Por lo tanto, lo que necesitamos no es solamente una obra en nuestra conciencia, sino también en nuestro corazón. Es necesario que nuestro corazón de piedra sea quebrantado, que nuestra enorme boca sea silenciada y que seamos echados al polvo. Entonces aceptaremos con lo que leemos en nuestro Catecismo y estaremos de acuerdo con ello de todo corazón: nuestra depravación procede “de la caída y desobediencia de nuestros primeros padres Adán y Eva en el Paraíso.”

¡Oh, cuán amargas fueron las consecuencias de esa caída para Adán y Eva! Fueron desterrados de la presencia de Dios. Cayeron bajo la maldición de Dios y el dominio de la muerte. Aun la faz de la tierra fue cambiada, y espinos y cardos comenzaron a brotar. Los animales ya no eran lo que solían ser; se volvieron unos contra otros para devorarse y matarse entre ellos. ¡Qué triste! Adán tuvo que trabajar para su pan con el sudor de su rostro, y Eva daría a luz hijos con dolor. No solamente la relación entre ellos dos fue perturbada, sino también la relación entre los hijos que recibieron. Génesis 4 nos cuenta del primer asesinato en la historia de la raza humana. ¡Cuán graves consecuencias para la posteridad de Adán! Todo el género humano fue arrastrado por este camino. ¿Quién puede explicar cuán profunda es nuestra caída en Adán? La imagen de Dios ha sido completamente dañada y destruida. ¡Nuestra pureza original ha desaparecido! ¡Nuestro conocimiento, nuestra justicia y nuestra santidad se han ido!

¿Qué nos enseña Génesis 5 acerca de la imagen de Dios? ¡Que se ha perdido esa imagen! En los versículos 1 y 2 leemos: *“Este es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó, y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán el día en que fueron creados”* (Génesis 5:1-2). Pero entonces dice en el versículo 3: *“Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set”* (Génesis 5:3). ¿Lo escuchan? No dice que Adán engendró un hijo “a la semejanza de Dios”, sino *“a su semejanza, conforme a su imagen”*. Adán se había vuelto como un árbol malo, que produce frutos malos. La naturaleza del hombre se ha corrompido.

Oh, que bendición sería si, por gracia, pudiéramos aceptar esto y decir: “mi naturaleza es corrupta. He sido concebido en pecado y nacido en iniquidad”. Entonces no señalaremos a otros ni diremos: “Adán lo hizo”. Tengan en cuenta dos cosas. En primer lugar, Adán es nuestro antepasado; tenemos una relación natural con él. Y en segundo lugar, él es nuestra cabeza o representante en el pacto; tenemos una relación de pacto con él. Esto quiere decir que, cuando Dios hizo un pacto con Adán, el Pacto de Obras, lo hizo también con nosotros, la posteridad de Adán. Así, cuando Adán se rebeló contra Dios y quebrantó ese pacto, nosotros también nos

rebelamos contra Dios. En y por Adán, *nosotros* hemos quebrantado ese pacto; así que somos culpables ante Dios. Congregación, esa es la razón que nacemos como pecadores. El hecho no es que somos depravados, y, *por eso*, culpables; no, somos culpables en Adán y, *por eso*, nacemos pecadores. De lo contrario, ningún bebé moriría. Si no fuera cierto que toda la raza humana ha pecado en Adán, sería imposible que los niños pequeños murieran en la infancia. Basado en la Palabra de Dios, nuestro Catecismo dice: “somos concebidos y nacidos en pecado”. Tan cierto como lo dicho por Job: “¿Quién hará algo limpio de lo inmundo?” (Job 14:4).

¿Hay gente aquí que ha sido llevada a ver esto? ¿Hay hombres y mujeres que se encuentran ante la brecha entre Dios y su alma? ¿Hay niños que sienten pesar por su corazón pecaminoso? ¿Hay niños y niñas que no solo están angustiados por sus pecados actuales, sino también por su pecado original? Entonces hay razón para orar con el salmista: “Ten piedad de mí, oh Dios, en Tu gracia suplico”. Lo cual cantaremos del Salterio 140, las cuatro estrofas.

* * * * *

Tercer pensamiento. Somos totalmente depravados.

“¿Estamos tan corrompidos que somos totalmente incapaces de hacer el bien, e inclinados a todo mal?” Esa es la última pregunta del Domingo 3. La pregunta no es: “¿Son incapaces?”, sino “*totalmente* incapaces”, absolutamente incapaces. Puede venir un tiempo en que ya no se nos permita decir esto. En la actualidad moderna y centrada en el hombre, tales palabras son consideradas ofensivas, un agravio, un insulto a la dignidad humana. Sin embargo, seamos honestos: tales palabras no son tan agradables para nosotros tampoco. La verdad del Domingo 3 es una roca de tropiezo para todos. Nosotros también nos resistimos a inclinarnos tan profundamente. Podemos estar dispuestos a perder *algo*, pero no estamos preparados a perderlo *todo* delante de Dios y de los hombres. Nos creemos demasiado decentes para eso. Somos demasiados orgullosos. Incluso podemos oír cierta irritación en la forma de hacer esta pregunta: “¿Estamos *tan* corrompidos que somos totalmente incapaces de hacer el bien, e inclinados a todo mal?”

Solo aceptaremos esto cuando el Señor nos guíe de nuevo al Paraíso por Su Espíritu Santo y nos muestre que nosotros, que salimos de la mano de Dios tan buenos y perfectos, nos hemos arruinado y destruido completamente a nosotros mismos. Oh, cuando veamos que ya no brotará ningún fruto de nosotros, entonces pondremos nuestra mano sobre nuestra boca y nos quedaremos allí en silencio, tristes y avergonzados, sin palabras ante un Dios santo que nunca nos ha hecho daño alguno. Entonces, estas palabras se convertirán en la confesión de nuestro corazón: “totalmente incapaces de hacer el bien, e inclinados a todo mal”. Entonces ya no podremos elevarnos por encima de los demás, ni nos sorprenderemos al escuchar que alguien

ha caído en un pecado grave. Solo podremos quedar asombrados de que aún hemos sido preservados de ello, porque la semilla de cada pecado se encuentra también en nosotros.

“Inclinados a todo mal”, dice el Catecismo. Esto implica que, si el Señor nos dejara ir por un solo momento, caeríamos en todo tipo de mal, incluso en cosas de las que antes pensábamos: “eso nunca me pasará a mí”. “inclinados”: ¿qué quiere decir eso? Pensemos en un ejemplo. Cuando estaciona su auto en una pendiente, comenzará a moverse solo. Debe aplicar el freno de mano; de lo contrario, se deslizará; irá cuesta abajo, cada vez más rápido. Así es con el hombre, debido a la condición pecaminosa de su corazón. Si el Señor retirara los frenos, caeríamos en todo tipo de mal: el hurto, el asesinato, la lujuria, etcétera.

Hay aún mucha bondad en este mundo. No lo podemos negar. Hay lo que llamamos “bondad civil”: la gente se trata con cierta sinceridad y amistad. También hay lo que llamamos “bondad natural”: la salud y la fuerza para hacer nuestro trabajo, por ejemplo, y la comida y bebida. No es poca cosa, niños, cuando vuelven a casa después del colegio y su madre les está preparando un almuerzo o una cena. Muchos niños no tienen estos privilegios. También tenemos los medios de gracia: la Biblia, los servicios de adoración, etcétera. ¿Pensamos en esto alguna vez? Muchas veces no lo valoramos hasta que somos privados de ello. Oh, ¡consideren todo lo que aún podemos tener en un mundo caído! Todavía hay mucha bondad. Sin embargo, retengan esto en su mente: no es *nuestra* bondad, sino la bondad *de Dios*. Y recuerden que no podemos morir solo con estas cosas buenas. Podemos *vivir* con ellas, quizás, pero no podemos *morir* con ellas ni presentarnos con ellas ante el tribunal de Dios. Debemos llegar a conocernos y encontrar una imagen de nosotros aquí en el Domingo 3. Eso es indispensable para cada uno de nosotros.

Oh, congregación, cuán difícil es aceptar nuestro estado de muerte espiritual. No es de extrañar que las iglesias estén inundadas de enseñanzas arminianas. Arminio creía que aún quedaba algo bueno en el hombre. Sus seguidores, los Remonstrantes, hablaban mucho acerca de un supuesto libre albedrío. ¿Cómo es hoy en día? El Arminianismo no ha muerto aún; vive dentro de nuestro corazón. Erasmo, el humanista de Róterdam del siglo XVI, dijo una vez: “Nada es más fácil para el hombre que abstenerse de robar”. Así de optimista era su pensamiento sobre la naturaleza humana. Martin Lutero lo confrontó en su libro *La Esclavitud de la Voluntad* y escribió: “La voluntad del hombre es como un caballo; o Dios es su jinete o lo es el diablo. Por naturaleza, no lo montamos nosotros, ni tampoco Dios. Es el diablo quien monta el caballo de nuestra voluntad.” Es lenguaje fuerte, pero Lutero dijo la verdad. Nuestra voluntad está atada por el diablo, por el poder del mal. Martin Lutero no quería decir que pecamos contra nuestra voluntad o que somos *forzados* a cometer el pecado. No, ¡pecamos de manera plenamente consciente, lo que lo hace aún peor! Nosotros *amamos* al pecado. ¿O no es verdad, jóvenes? Si en realidad son honestos, solamente pueden decir: “Yo amo al pecado, me deleito en él, estoy atado a él”. Bueno, eso es de lo que Lutero escribió: de la esclavitud de nuestra voluntad. Y eso es lo que encontramos aquí en el Domingo 3.

Sin embargo, pueden inclinar sus rodillas ante el Señor. Aunque no estén dispuestos, aún pueden pedirle: “Oh Señor, no puedo orar y, en lo profundo de mi corazón, no quiero orar, pero por favor, enséñame a orar. Dame lo que no quiero recibir, pero que tanto necesito, para que no me perezca por siempre. Crea en mí un corazón nuevo, lávame, oh Señor, y hazme más blanco que la nieve”.

Qué maravilla es cuando un pecador no dispuesto recibe una nueva voluntad. El Señor tiene a un pueblo dispuesto en el día de Su poder. Ellos comienzan a amar lo que Dios ama y a odiar lo que Dios odia. Sin embargo, aún conservan esa voluntad vieja. Esas dos voluntades se oponen una a la otra; chocan entre sí. Por eso, las personas convertidas experimentan un conflicto, una batalla interna, una guerra civil. Oh, la lucha dentro de sus corazones puede ser tan intensa que no saben qué pensar acerca de ellos mismos. ¿Es también esta su experiencia? ¿Se lamentan porque no hacen las cosas que desean hacer y, en cambio, hacen las cosas que no desean hacer? ¡Entonces no pierdan el ánimo! Eso evidencia que ustedes han recibido una nueva voluntad, una voluntad enfocada en Dios, en Su Palabra, en Su Ley y en Su servicio. Su lucha misma demuestra que ya no están sirviendo al viejo maestro.

Por naturaleza, somos totalmente incapaces de hacer el bien e inclinados a todo mal. Esa es la condición del hombre natural. Hay un hedor a muerte que emana de nosotros, un hedor de muerte espiritual. Somos un hedor en las santas narices de Dios, y no nos damos cuenta. Estamos perdidos, congregación. No estamos *yendo* hacia la perdición; *estamos* perdidos, perdidos y sin esperanza.

Pensemos una vez más en la imagen usada al inicio del sermón: la imagen del médico espiritual. Al final del Domingo 3, es como si nos encontráramos al lado de un lecho de muerte. Vemos a una persona en estado crítico, y, mientras tanto, el doctor ha hecho su diagnóstico. ¿Qué dirá? Ah, sacude la cabeza. No quiere engañar a la familia. Solamente dice: “No, no queda más esperanza. Toda esperanza está perdida a menos que... ocurra un milagro”.

De este milagro es de lo que nos habla el Catecismo. El doctor de Heidelberg es muy honesto, congregación, estrictamente honesto. No ofrece vanas esperanzas. Sin embargo, él emplea una pequeña frase que no debemos pasar por alto. Es una frase preciosa. Él dice: “a menos que...”. Así termina el diagnóstico. El doctor del alma dice: “a menos que el hombre nazca de nuevo”, en otras palabras, “a menos que sea regenerado por el Espíritu de Dios”. Lleven esto a casa, congregación; piénsenlo, medítenlo y pónganlo ante el Señor en oración. Esa pequeña frase “a menos que” no implica que haya una posibilidad en el hombre. Más bien, corta toda esperanza del lado del hombre. No estamos solo enfermos; estamos muertos en delitos y pecados. Somos incurables. El etíope no puede mudar su piel, ni el leopardo sus manchas; tampoco podemos hacer algún bien nosotros quienes estamos acostumbrados al mal. Esa pequeña frase “a menos

que”, corta todo de nuestro lado. Proclama la necesidad de un milagro divino; enfatiza la necesidad de esa obra vivificadora del Espíritu Santo, esa obra unilateral de gracia. “A menos que” es una frase que cierra la puerta y quita de nosotros toda esperanza.

Sin embargo, al mismo tiempo, es una frase que abre la puerta de esperanza del lado de Dios. Ofrece esperanza para el caso más desesperado. Para Dios no hay caso desesperado. Las cosas que son imposibles para el hombre son posibles para Dios. Eso es lo que nos dice esa pequeña frase. Debemos nacer de nuevo. Hay solo una puerta que guía hacia el reino celestial. Es la puerta de la regeneración. Jóvenes y mayores, piensen en ello: deben nacer de nuevo. Pero, como siervo de Dios, me es permitido decir: “Aún *pueden* nacer de nuevo”. ¿Hay para Dios alguna cosa difícil? Hay esperanza para criaturas profundamente caídas, para personas que fueron creadas buenas y que ahora son totalmente depravadas. Ese es el mensaje del Domingo 3.

En primer lugar, es un mensaje muy serio. Lo hemos escuchado de Génesis 3. El hombre fue tentado por el diablo y cayó. El diablo es sumamente astuto. Vino a la mujer y sembró una semilla de duda en su corazón: “¿*Conque Dios os ha dicho: No comáis de ningún árbol del huerto?*” (Génesis 3:1). Luego pintó un cuadro optimista de la vida sin Dios. Él dijo: “Si me sigues a mí, serás libre y podrás hacer lo que te plazca”. De esta manera, la serpiente engañó al hombre. No subestimen su astucia. No subestimen su poder. ¿Cómo podremos nosotros, criaturas caídas, resistir a sus ataques? Adán tenía una naturaleza perfecta, pero nosotros tenemos una naturaleza caída y pecaminosa. Estamos expuestos a las asechanzas de Satanás. Piensen en ello, queridos jóvenes. No busquen los lugares de tentación. Ustedes han sido bautizados. No vayan a los lugares donde Satanás triunfa. Tenemos muy poca resistencia. No se necesita mucho para caer, perder el honor y arruinar nuestra vida. Oren para que el Señor los guarde. Pero, más que todo, ¡pídanle por la única cosa necesaria!

Congregación, espero que hayan escuchado bien hoy. Espero que haya personas que han reconocido su imagen en el Domingo 3. Es una lección dolorosa; sin embargo, es una bendición, porque entonces, solo entonces, necesitaremos a un Salvador. Solamente entonces se hará espacio para el Libertador prometido por el Señor en Génesis 3:15, inmediatamente después de la caída. Es verdad que el Señor amonestó a Adán y a Eva y los castigó. Sin embargo, antes de que Dios los echara fuera, se reveló a ellos en misericordia. Si hubiera venido en gran ira, Adán y Eva habrían sido consumidos. Pero, ¡oh, gran maravilla, que Dios vino al hombre a través de Cristo, el Segundo Adán! Nunca podremos comprender la profundidad de la caída de Adán, ni tampoco podremos comprender la profundidad del amor de Jesús. El primer Adán fue puesto en el Paraíso; el Segundo Adán se encontró en el desierto de este mundo. El primer Adán tenía una naturaleza *perfecta*; Cristo tenía una naturaleza *debilitada*, no una pecaminosa, sino una humillada. El primer Adán pudo caer, y de hecho cayó, pero el Segundo Adán resistió cuando tuvo que soportar la santa ira de Dios y obedecer el mandamiento de Su Padre. Así, vino a ser el Autor de eterna salvación.

Oren para poder verlo a Él, a Cristo, por fe. Pidan mayor instrucción si es que ya han aprendido algo de su depravación y de la necesidad de Cristo. Que el Señor les muestre estas cosas cada vez más y más y los lleve de regreso al Paraíso para que lloren por la brecha inefable hecha en Adán, pero también para que les sea dado adorar a Dios, que proveyó un camino de salvación en Cristo. Es por medio de Cristo que el Padre restaura todo a Sus hijos, todo lo que perdieron en Adán. Oh, y Él les da aún más de lo que perdieron, y nunca más podrán perderlo de nuevo. El primer Adán no pudo preservarse ni a sí mismo, pero el Segundo Adán preserva a Su pueblo hasta el fin. Ninguno de ellos puede ser arrebatado de Su mano. Él dice: *“He aquí que en las palmas te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros”* (Isaías 49:16). Amén.

Salterio 290:4, 6, 7